

ALFA Y OMEGA



ARQUIDIOCESIS DE MÉXICO • VENEZUELA • CENTROAMÉRICA • EL CARIBE

14 ABRIL 2024

AÑO 10 / N° 15 / TONO 4 / EOTH. 01



DOMINGO DE SAN JUAN CLÍMACO

Santoral: Juan Clímaco /

Aristarco, Pudente y Trófilo de los Setenta (apóstoles).

TROPARIO DE LA RESURRECCIÓN

Tono 4

Las discípulas del Señor aprendieron del ángel el alegre anuncio de la Resurrección, y la sentencia ancestral rechazaron y se dirigieron con orgullo a los apóstoles diciendo: «¡Fue aprisionada la muerte, resucitó Cristo Dios y concedió al mundo la gran misericordia!»

TROPARIO DE SAN JUAN CLÍMACO

Tono 8

Con la efusión de tus lágrimas, regaste el desierto estéril y, por los suspiros profundos, tus fatigas dieron frutos cien veces más, volviéndote un astro del universo, brillante con los milagros. ¡Oh nuestro justo padre Juan, suplícale a Cristo Dios que salve nuestras almas!

CONDAQUIO DE CUARESMA

Tono 8

A ti, María, te cantamos como victoriosa; tu pueblo ofrece alabanzas de agradecimiento, pues de los apuros, Theotokos, nos has salvado. Tú, que tienes invencible y excelsa fuerza, de los múltiples peligros libéranos. Para que exclamemos a ti: ¡Alégrate, oh Novia y Virgen!

CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A LOS HEBREOS

(6: 13-20)

Hermanos: Cuando Dios hizo la Promesa a Abraham, no teniendo a otro mayor por quien jurar, juró por sí mismo diciendo: Te bende-

ciré y te acrecentaré en gran manera. Y así [Abraham], aguardando con paciencia, alcanzó la Promesa. Pues los hombres juran por uno superior, y para ellos el juramento es la garantía que pone fin a todo litigio. Por eso Dios, queriendo mostrar más plenamente a los herederos de la Promesa la inmutabilidad de su decisión, interpuso el juramento; para que, mediante dos cosas inmutables en las cuales es imposible que Dios no cumpla, tengamos un consuelo poderoso, los que buscamos el refugio al asirnos a la esperanza propuesta, la cual tenemos como ancla del alma, segura y firme, que penetra hasta más allá del velo, adonde entró como precursor de nosotros Jesús, hecho sumo sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec.

SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS (9: 17-31)

En aquel tiempo, uno de entre la gente se acercó a Jesús y le dijo: «Maestro, te he traído a mi hijo que tiene un espíritu mudo y, dondequiera que se apodera de él, lo derriba, le hace echar espumarajos, rechinar los dientes y lo deja rígido. He dicho a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido». Él le respondió y dijo: «¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con ustedes? ¿Hasta cuándo habré de soportarlos? ¡Tráiganmelo!» Y se lo trajeron. Apenas el espíritu vio a Jesús, agitó violentamente al muchacho y, cayendo en tierra, se revolcaba echando espumarajos. Entonces Él preguntó a su padre: «¿Cuánto tiempo hace que le viene sucediendo esto?» Le dijo: «Desde niño. Y muchas veces lo ha arrojado al fuego y al agua para acabar con él; pero, si algo puedes, compadécete de nosotros y ayúdanos». Jesús le dijo: «Si puedes creer, todo es posible para quien cree». Al instante, gritó el padre del muchacho: «¡Creo, ayuda a mi poca fe!» Viendo Jesús que se agolpaba la gente, increpó al espíritu inmundo diciéndole: «Espíritu sordo y mudo, Yo te lo mando: sal de él y no entres más en él». Y el espíritu salió dando gritos y agitándolo con violencia. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que había muerto. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y él se puso de pie.

Cuando Jesús entró en casa, le preguntaban en privado sus discípulos: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?» Les dijo: «Esta clase con nada puede ser arrojada sino con oración y ayuno».

MENSAJE PASTORAL

El poder de la fe

«Mi hijo tiene un espíritu mudo y, dondequiera que se apodera de él, lo derriba, le hace echar espumarajos, rechinar los dientes y lo deja rígido». Ante esta creación sufriente, Jesús mostró su compasión y voluntad de que «todos se salven y hacia el conocimiento de la verdad se adelanten» (1Tm 2: 4).

En los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), la curación de este epiléptico viene inmediatamente después de la Transfiguración, cuando Cristo se manifestó en su gloria ante Pedro, Juan y Santiago.

Leemos que, aunque ellos deseaban permanecer más tiempo –o todo el tiempo– sobre el monte de Tabor en el gozo de la contemplación de la gloria divina –«Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías» (Mc 9: 5)– el Señor ignoró su propuesta y decidió bajar, llevándolos de regreso a la vida cotidiana para encontrarse con el resto de la humanidad y sus angustias. Así, la gloria de Cristo que se manifestó entre los discípulos –y, por ellos, sobre toda la Iglesia– no es simplemente una ilusión pasiva y apática que satisface los sentimientos y emociones del hombre, sino una luz activa que enfrenta al mundo: enfrenta al dolor y lo transforma en consuelo y curación, enfrenta a la tristeza y la convierte en esperanza, enfrenta

a la pasión y la transmuta en amor a Dios y al prójimo.

En el pasaje de hoy, los discípulos en aquel momento no pudieron atender la petición del padre de curar a su hijo: «He dicho a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido». Cristo atribuyó dicha incapacidad a la falta de fe (tanto de los discípulos como del padre), ya que «si puedes creer, todo es posible para quien cree», tal y como lo dijo al padre. Éste le respondió a Jesús con sensatez: «Creo Señor...», ya que él seguramente se había enterado de todo lo que Jesús realizaba; «ayuda a mi poca fe», pues la magnitud de la enfermedad de su hijo (desde niño) limitaba su fe, por lo que, con un tono penitencial, clamó: «Creo, ayuda a mi poca fe».

De esta manera, el cristiano, ante la magnitud de la corrupción en el mundo actual, ante la tristeza de sus dolores, ante la fuerza de sus propios vicios y debilidades, se siente impotente como los discípulos y el padre de la lectura evangélica y, tocando las puertas de la esperanza, manifiesta un clamor humilde y sincero: «Creo, Señor, ayuda a mi poca fe». Ante esta situación, el Señor responde: «Esta clase [el demonio de la incredulidad] con nada puede ser arrojada sino con oración y ayuno».

En el desierto de la Cuaresma, atravesado precisamente con oración y ayuno, subimos al monte de la Transfiguración, donde la luz de Cristo, día a día, purifica nuestro

corazón, mente y cuerpo, y en cuanto alcancemos el glorioso día de la Resurrección, nuestro clamor «ayuda mi poca fe» será transformado en «todo lo puedo en Cristo que me fortifica» (Flp 4: 13).

+ METROPOLITA IGNACIO

VIDA DE SANTOS

San Juan Clímaco

Cuarta semana de Cuaresma

El célebre monasterio de santa Catalina, fundado por Justiniano en el monte Sinaí, a partir del siglo VI se convirtió en el centro más importante de difusión e irradiación de espiritualidad.

Uno de los hombres más notables entre los grandes doctores sinaítas fue indudablemente Juan, abad de este monasterio, sobre cuya vida, a pesar de que fue uno de los ascetas orientales de mayor renombre, no se tienen mayores datos.

En cuanto a sus primeros años, la carencia de información es total, por lo que sólo podemos deducir que recibió una sólida formación intelectual. A los dieciséis años ingresa en el monasterio y se somete a la dirección de un cierto abad Martyrius, quien le conferirá la tonsura monástica a la edad de veinte años.

Tras la muerte de su padre espiritual, Juan, que en aquel entonces tendría alrededor de treinta y cinco años, decide entregarse a la vida solitaria. Pasado un tiempo se le acercaría su primer discípulo, un monje llamado Moisés, y más tarde, atraídos por la aureola que había comenzado a desarrollarse a su alrededor, acuden los monjes en gran cantidad procurando su consejo.

Finalmente, es elegido abad del monasterio de santa Catalina del monte Sinaí. Se supone que durante esta época redacta, a petición del abad Juan de Raitu, su Santa Escala, por la que se le debe su sobrenombre de «Clímaco». Llegado a una edad muy avanzada retorna a la vida solitaria hasta su muerte.

San Juan Clímaco nos ha dejado una «escala» compuesta por treinta escalones, número que refiere a la edad de Cristo cuando comenzó su predicación, ya que el objeto de misma, como dice el mismo Clímaco, es «llegar a la madurez de la plenitud de Cristo». Son escalones de virtudes que cada cristiano tiene que subir mirando siempre al escalón treinta, donde mora el Amor, que es el mismo Cristo, quien bendice nuestro ascenso.

Iglesia Ortodoxa Antioquena
Arquidiócesis de México, Venezuela, Centroamérica y el Caribe

Pirules 110, Jardines del Pedregal, 01900, Ciudad de México.

Tel.: +52(55)5652-7772

Fax: +52(55)5652-5433

e-mail: ortodoxia@prodigy.net.mx

Web: www.iglesiaortodoxa.org.mx